

cuando ya tenía resuelto y determinado el ceder. Así, como la mayor parte de los buques aprestados carecían de la dotación indispensable, dejólos á merced y arbitrio de los vientos y de las olas, reuniendo los mejores tan sólo para cargar en ellos sus cortesanos y sus riquezas. Terrible descorazonamiento se apoderó del ejército terrestre al ver cómo se descomponían los equipajes del mar. Teniendo los soldados segura la victoria por tierra, llamaban al fuerte pretoriano para que los guiase y los condujese contra Octavio y los suyos. Un veterano, curtido en los combates, cubierto de cicatrices, camarada de Antonio en mar y en tierra, conocedor de cuánto valía como general, poco menos que llorando al ver pasar su jefe sobre cubierta, fuera de su elemento, le conjuró á no cambiar hierro y acero por leños y maderos. Imposible comprender el experto militar cómo dejaba las legiones seguras que tenía en el sólido promontorio por las inciertas legiones que flotaban sobre las inconstantes olas movedizas como los aires marinos. En los brazos nervudos, en la fuerza muscular, en la tradición guerrera, en la fidelidad religiosa, en el empuje cierto, en el valor heroico de sus legionarios terrestres, hallábase la victoria, y no en aquellos asiáticos y africanos de Fenicia y Egipto, los cuales se asemejaban á las oleadas del mar y á los

simoónes del desierto. Por consecuencia, la salvación de Antonio se hallaba en desembarcar y en sostenerse fuertes y segurísimos sobre la tierra firme, donde siempre le sonrió la victoria y siempre tuvo de su lado como rendida y sierva la fortuna.

Antonio pudo salvar todavía su honra y su renombre históricos de no impedírsele el fatal amor á Cleopatra. La fascinación ejercida sobre su espíritu por la serpiente del Nilo llegaba tristemente á un exceso tal, que viendo sus ojos de soldado la victoria en tierra y la derrota en mar, seguía sobre las naves petrificado por los encantamientos. Y á pesar de tal fascinación, algunas veces volvía en sí el hechizado y sospechaba de la hechicera y de los hechizos. Durante los días críticos anteriores al desastre de Accio, no probó vianda ni bebió licor el pretoriano sin que antes los hubiera gustado Cleopatra. Reíase mucho la egipcia de tal futilidad en sus precauciones, mas pasaba por ella, temerosa de molestarle con cualquier capricho en aquellos instantes angustiosos. Un día ciñó á las sienes de su amante fresquísimas coronas de rosas, que le refrescaron la cabeza durante la comida. Llegados los postres, invitóle á deshojar alguna de las corolas en los vasos y bebérselas con el vino. Hízolo así Antonio, mas al punto de apurarlas tendió Cleopatra su brazo y lo detuvo con violencia. Una vez la



copa en su mano, llamó con imperio á un siervo y se la hizo apurar. Apenas había este infeliz bebido el brebaje, cayó á sus pies muerto. Plinio cuenta en el noveno libro de su historia natural que la ciencia química de la hechicera egipcia componía mixturas venenosas de varios grados y de diversa eficacia, desde aquellas que matan debilitando poco á poco hasta las que matan hiriendo fulminantemente. Una mujer así, devota del placer hasta en el borde mismo de la tumba y en la víspera misma del deshonor, prefirió la fuga cierta que prolongase los días de regocijo al incierto y dudoso combate. No preparó, pues, cosa ninguna para la resistencia y para la guerra, lo preparó todo para la derrota y para la huída. Cada barco inscrito en el proyecto, con grande antelación madurado, á fin de zarpar é irse, recibió velas dobles ó triples. Y cuando los marinos las almacenaban, ignorantes de á qué ni para qué, la vergüenza y el rubor de Antonio todavía excusaban tal maniobra del miedo con pretextos varios de simulado y engañoso coraje. Los labios modulaban palabras de lucha, pero en la franqueza de aquel hombre desmentían sus ojos enrojecidos á su boca gárrula. Y, sin embargo, todas las fuerzas materiales por él estaban; sólo carecía de aquella fuerza que suele menospreciar el vulgo y que constituye el verdadero nervio de la guerra,

sólo carecía de la fuerza moral. Conforme la hora de huir se acercaba, crecían también los fútiles aparatos y apariencias de pelear y vencer. Prolongó el viento los proemios de la vergüenza, soplando por tal modo, que impidió las maniobras por cuatro consecutivos días. Al quinto, habiéndose levantado en la hora meridiana una fresca brisa, dos escuadras, mandada la una por Agripa y la otra por Octavio, se adelantaron hacia el enemigo. Cuenta de bien distinta suerte Veleyo este combate; pero nosotros nos atenemos al texto de Plutarco, muy confirmado por versos de Virgilio, que bebiera sus noticias en las confidencias de Agripa. El enemigo de Roma no se movió á la terrible amenaza. Redoblaron entonces los romanos sus esfuerzos y extendiéronse con rapidez en dos alas, amagando cercar y envolver á los contrarios. Entonces Antonio promulgó la orden de combate. Pero, señalado éste por las maniobras romanas en la entrada misma del puerto donde las aguas no podían ofrecer fondo bastante á los colosales navíos antonianos, apostóse como en són de resistencia, mas para mayor franquía y libertad, Antonio en los altos mares. Entonces pudo conocerse toda la inferioridad que sus mismas colosales proporciones daban á la escuadra oriental. Embarazaban las naves tantos maderos como salían por todas sus cubiertas. Los arsenales de sus calas



y las torres de sus puentes podían servirles para la pasividad del asedio, mas no para la actividad del combate. Lanzaban piedras muy gruesas, pero con escaso acierto y pobre puntería. Así los navíos de Octavio burlaban semejantes masas con hábiles maniobras y con ligerísimos y porfiados ataques. Largo rato estuvieron los colosos de Cleopatra empeñados en rechazar el asalto continuo de aquellos numerosísimos y modestos piqueros, cuando el viento cambió de tal suerte, que impelía con sus ráfagas y sus brisas á la fuga. El cielo de Grecia se acordó con el ánimo de Cleopatra para procurar la deshonra de Antonio y la desgracia de Oriente.

En efecto, los caprichos de su ama y señora perdieron al cuitadísimo romano. El navío donde iba la reina egipcia semejaba un salón flotante, más propio para un baile gozoso que para un militar encuentro; véanse brillar dorados y argentados sus maderos; las velas eran de púrpura tiria, los cordajes de índica seda; tapices persas alfombraban la cubierta y cojines mullidísimos ofrecían descanso á los cuerpos; todos los útiles se habían labrado en metales preciosos; y mientras á un lado brillaban mesillas de marfil soportando pebeteros de ámbar y copas de pedrería para deleitar el gusto y el olfato, á otro lado, sobre aras de primorosísimas cinceladuras, ídolos de varios aspectos entre nubes de

inciensos y mirra que acrecentaban la universal voluptuosidad. Todo aquel aparato frente á frente del severo ejército denotaba los caracteres varios del mundo que se iba. La fuerza humana y militar de un lado, personificándose, por razón de su naturaleza, en consumadísimos guerreros, tan estadistas expertos como hábiles militares, mientras de otro lado la magia, el sortilegio, la hechicería, la quiromancia, los encantamientos asiáticos personificados en una gitana. La fortuna ciega, la religión panteísta, la casta oriental y asiática, el viejo sortilegio, tenían que ser vencidos sin excusa por la razón reflexiva de Occidente y por el derecho superior de la Ciudad Eterna. Entre la teogonía oriental helénica y la teogonía helenolatina, los progresos del mundo naturalmente daban á esta última la victoria y la palma. Sintióse Cleopatra vencida por el destino; sintió descolorarse las ideas que habían apurado como un filtro los dioses de su patria y los reyes de su estirpe; comprendió cómo no tenía piel ninguna nueva que vestirse la culebra oriental para tentar al Occidente; y á la vista de las lejanas cordilleras donde nació su dinastía, la dinastía de los Ptolomeos y de los Lágidas, entre las ondas del mar donde sus dioses patrios, los dioses helenoasiáticos, se transformaran y surgieran, abandonó al derecho romano de los juriscón-



sultos, á la ciudad civil de Occidente, al estoico y moralista práctico, al municipio latino, al mundo moderno, los privilegios del Asia. Fuése como una cubiletera cuyas manipulaciones descubriera el público y como una decidora de la buenaventura cuyos horóscopos y anuncios quirománticos desmintiera el tiempo. Los partidarios de Antonio atribuyeron la fuga increíble al terror y al capricho de Cleopatra; mas la historia dirá siempre que Cleopatra en esto anduvo de acuerdo con su amante, mal de su grado rendido, pero sujeto á las voluntariedades múltiples de su amada. Mientras sólo se trató de preparativos Cleopatra pudo fanfarronear largamente y prometérselas muy felices; pero así que las naves romanas, en guisa de tiburones, la circuyeron, amagando tragársela, no quedó más recurso á su natural cobardía femenil que huir y huir precipitadamente. Quizás contaba con que Octavio iría en requerimiento del Egipto misterioso tras la batalla de Accio, como fuera César tras la batalla de Farsalia, y quisiera obrar sobre las fuerzas de Octavio como había obrado sobre las fuerzas de César y de Antonio, con su magia, con su hechicería, con sus sortilegios. No estaba en el secreto de la diferencia entre los dos tiempos, no sabía que Antonio y César personificaban una edad todavía poética, de verdadero heroísmo, fácil á las

tentaciones, mientras que Octavio representaba una edad madura, positiva, prosaica, de reflexión y de raciocinio, inaccesible á la hechicería y á la magia. Zarpó la gitana con sus sesenta naves egipcias y fugóse. Antonio pensó acabar en aquel momento. Pero los rescoldos últimos de su voluptuosidad le ardieron todavía en las venas, y lanzándose á una galera de cinco bancos por banda, siguió el surco dejado en las celestes aguas mediterráneas por el navío de Cleopatra, quien, al huir, llevábase consigo y en sí el espíritu de Asia. Al ver que Antonio huía, el terror y la desesperación se apoderaron de sus gentes. Una maldición enormísima estalló en todas las legiones. Ya nadie pensó en resistir más que algunos héroes de valor en demencia rayano, y resueltos antes por el suicidio que por el deshonor y la vergüenza. Dióse así un espectáculo bien extraño. Mientras ciertos marinos echaban al agua todo su lastre y todas sus defensas para facilitar la fuga, otros marinos luchaban porfiados y sólo cedían al fuego devastador. Entonces, viendo los efectos de tal elemento, combustibles sobre combustibles fueron lanzados á los batimentos que flotaban aún sobre las aguas, y que dejaron huir á Cleopatra y Antonio, sin acompañarles ni seguirles, sosteniendo la honra suya cual no supieran los dos locos amantes sostenerla. Pero la fatalidad era ya irre-





mediable. Unos á pique se fueron y quedaron consumidos otros por las llamas. Octavio pretendió, á la última hora, salvar algún despojo, no tanto por humanidad como por codicia. Un triunfo sin cautivos y sin botín entonces no parecía un triunfo. Pero, al anochecer de aquel día terrible, no quedaba ni una sola nave oriental sobre las aguas; todas yacían en el fondo. Cinco mil hombres se ahogaron. La poesía romana dió á este triunfo de Octavio sobre Antonio toda su trascendente importancia. Virgilio vió lo exacto más que lo poético y engañoso, cuando vió allí el Oriente vencido por el Occidente y los dioses asiáticos inmolados ante los dioses latinos. Horacio maldijo todo cuanto debía maldecir un romano al Egipto ebrio, que asediaba la gloria y autoridad del Capitolio. Y si Propercio ve los dioses occidentales montando sus arcos para despedir sus flechas sobre los dioses orientales, ve con clarividencia las dos legiones de ideas invisibles y eternas que batallaban porfiadas sobre los mares de Accio.

Cerca del Peloponeso, la nave de Antonio abordó á la nave de Cleopatra, juntándose los dos amantes. Pero avergonzada, y corrida, y confusa ella, no salió en tres días con tres noches de su cámara. El general, sentado á proa y sumido en meditación profunda, inmóvil como los maderos inertes, ab-

sorto cual si apenas respirase, alternativamente miraba cielo y agua, rodando por lo interior de su espíritu extraños pensamientos. Al cabo de estos tres días, pasados sin verse ni hablarse, la senda compleción sensual de cada uno lo sobrepujó todo en ellos y se juntaron como antes, dándose á sus consuetudinarios transportes y á sus desvariadísimos placeres. Mientras tanto las tropas de tierra permanecieron fieles á su general, hasta que, habiéndolas abandonado los dos principales tenientes de Antonio, primero Domicio pasado al comienzo de la batalla, y luego Canidio huído más tarde, se dispersaron unos y se rindieron otros, acabándose así poderío tan supremo y gloria tan excelsa. Los dos amantes viraron hacia Egipto y fueron á desembarcar en Alejandría nuevamente. A las primeras horas no hablaron del destino y suerte que les cabía; departieron sobre sus respectivos amores y excitron más y más para ocultar su desgracia la intensísima sensibilidad. Cleopatra, cohonestando su cobardía y su retirada increíbles, chanceábase con la debilidad nativa de Octavio y se prometía largo desquite del valor de Antonio. Pero, agotados los placeres, satisfecha y harta la naturaleza material, venían los dolores morales á revelar la realidad tristísima con todas sus consecuencias lógicas, abatiendo los ánimos y apagando las esperanzas. Lle-



gado á Egipto, Antonio pensó tan sólo en romper las ligaduras de su vida y dejar este mundo tristísimo. Así repartió los restos de sus riquezas entre los últimos compañeros fieles, y vistas las infamias y las traiciones que rodearan el ocaso de su poder y de su fortuna, ya no pudo vivir. Ayer los reyes le besaban los pies, y al día siguiente los esclavos le tenían por menos que á un siervo; ayer los sacerdotes le alzaban altares como á un dios, y al día siguiente le señalaban por protervo y maldito como á las bestias; ayer temblaban los pueblos en su presencia, y al día siguiente se reían del vencimiento y del deshonor suyos con burla y con chacota; bajo el peso abrumador de tales desengaños no podía quedar sin un refugio, el refugio en brazos de la muerte. Inútilmente algunos amigos le aconsejaban solícitos no desesperase y le decían cómo cambia la fortuna y su rueda, la noche y sus sombras, el invierno y sus hielos. ¡Ah! Los manes de Bruto y de Catón circuían al infeliz Antonio y le provocaban á matarse. Rechazado por el mundo, maldecido de Roma, los reyes, que se hundían serviles en el polvo al pasar su carro de guerra y que le alargaban como en holocausto y ofrenda cetros y coronas, cayeron á los pies del enemigo victorioso y riéronse á una en sus festines de Antonio. Con tal estado de ánimo imposible de todo punto la compañía y la

presencia de gentes. Ya que no alcanzara el silencio de un sepulcro eterno, quiso Antonio alcanzar el retiro de una soledad perdurable. Y buscó una torre altísima en las costas,alzada entre el desierto de las olas y el desierto de las arenas, apellidándola Timón, para que tal nombre recordase á todo el mundo su odio reciente á la humanidad, el cual, desde aquel momento, le prestaba una melancolía misantrópica invencible. Timón era un pesimista griego. Cierta día le preguntaron cómo allá en su corazón apegado al odio tenía un altar de cariño para el atolondrado Alcibiades, y respondió así: «Le quiero porque se halla destinado en los divinos designios á descargar muchos males sobre nuestros compatriotas.» Cenaba cierta noche con otro misántropo, único sér á quien veía, y como éste le hubiese dicho: «excelente cena,» respondió Timón: «excelente á la verdad, si no fuese por tu compañía.» Estaba reunido el pueblo en asamblea, y Timón se puso en la tribuna para decir á los congregados que le oían solícitos: «atenienses, tengo en mi casa un asqueroso corralillo, y en este corralillo una higuera frondosa; muchos compatriotas hanse colgado de sus ramas. Pienso edificar en tal terreno, y os lo aviso, para que si alguno tiene gana de ahorcarse, lo haga súbito y antes que yo arranque la higuera.» Así pusieron sobre la sepultura este tristísimo epitafio:



«Aquí yace Timón el misántropo. Pasa de prisa. Mal-dícele si quieres, pero pasa.» Tal expresivo apodo- Antonio dió á la torre de su refugio. El mar, que brama; el desierto, que levanta, cuando el huracán lo azota, montañas de arena; el cielo implacable y sordo á todo clamor; tres infinitos de insondable amargura le acompañaban en la soledad y en la tristeza. Los dolores difundidos por el universo agolpábanse á una sobre su corazón. Guerrear los peces devorándose implacables entre sí en continuos combates; desgájanse los cielos en diluvios que inundan, en rayos que abrasan y en huracanes que todo destruyen; el arenal líbico, uniforme y vacío, resulta, bien mirado, campo de catástrofes sin medida y cementerio de pueblos sin número; nadie sabe cuántos males se desencadenarán allá en los astros que nos confían su luz y nos ocultan sus desgracias. Pero nada tan triste como un corazón humano, infeliz y dolorido. Antonio se recostó en las duras piedras de su fortaleza para morir sereno. Aquel sueño que invocaba y pedía, pudo ser la muerte para él, mas la vida para los mortales, porque si tal como los acontecimientos adversos lo habían puesto, volviese al mundo, los tigres y leones tendrían más compasión de los hombres que su duro pecho. Hubiera querido cebarse por aquellos días en matanza y exterminio sin término y sin tregua,

tras guerra universal é infinita; empuñar en su mano derecha una espada y en su mano izquierda una tea; tener por habitación única el carro de guerra corriendo y rodando sobre los cuerpos palpitantes y calientes; erigir su trono sobre pirámides enormes de huesos; escoger por compañeros los chacales y los cuervos; consagrarse al empeño de la destrucción universal; y unirse, como con su esposa única y eterna, con la muerte.

No estuvo mucho tiempo en la torre. Su desgracia le había prestado una desigualdad tal de ánimo, que bruscamente pasaba del frío á la fiebre y de la fiebre al frío. Unas veces llamaba con redobladados golpes á las losas del sepulcro y otras veces á las puertas del cubículo. Ya se le aparecía su Cleopatra, ya se le aparecía su muerte. Después de haber conjurado todas las potencias del infierno para que lo aniquilasen, volvía nuevamente á suspenderse de sus labios y á desplomarse por propio peso en sus brazos. El aliento de Cleopatra le devolvía el sentido y le daba el deseo de vivir. Mas todo esto no era sino fugaz arranque, rápido relámpago. Pasados los excesos, tan fáciles de pasar, y satisfechos los sentidos, tan dispuestos á satisfacerse, doquier convertía los ojos Antonio, allí estaba la muerte. Dábale tanto morir al placer como al dolor. Éranle, con tal de morir, lo mismo el corte